

Liderazgo en femenino



Lourdes Molinero
Socia Directora de Agathos
www.agathos-management.com



Javier Fernández Aguado
Socio Director
MindValue
www.mindvalue.com
www.toptenms.com
<http://es.linkedin.com/pub/javier-fern%C3%A1ndez-aguado/12/b6b/869>

La historia de la humanidad está compuesta por periodos en los que todo parece calmoso, junto a otros en los que, durante un tiempo, los sucesos se aceleran. Son esas coordenadas históricas las que, habitualmente, trascienden el pasar de los tiempos y llegan con más fuerza hasta nosotros. Esto acació en los siglos XI y XII. Muchos fueron los acontecimientos que se acumularon. De un lado, una sociedad con espíritu propio se había ido configurando lentamente tras la desaparición del Imperio Romano de occidente; de otro, fuerzas exógenas reclamaban nuevos modos de enfocar y vivir lo diseñado hasta ese momento.

En medio de esas circunstancias, diversas mujeres tuvieron un papel de gran importancia. Se habla en estas páginas de Leonor de Aquitania. Pero ella no fue la única que en esta encrucijada de la historia tuvo mucho que decir.

Adela, conocida históricamente como “de Normandía”, nació en 1063. Lo hacía como sexta hija de Matilde de Flandes y Guillermo el Conquistador. Ni el momento ni su situación en la prole de tan significado matrimonio hacían previsible que pasara a la historia. Más bien, podría haberse tratado de una más de los cientos de miles de mujeres que poblaron Europa en lo que algunos se han empeñado –sin razón ninguna– en denominar como época oscura. ¿O es que en Renacimiento no hubo también junto a algunas féminas destacadas docenas de miles que no han dejado rastro histórico reseñable a pesar de lo sublime de sus vidas?

Desde pequeña, Adela cuidó su formación. Ese punto suele ser relevante para diseñar un espíritu de líder. No quiso limitarse a lo que eran las habilidades propias de las mujeres en aquel momento. De hecho, se empeñó incluso en superar los límites regionalistas a los que someten idiomas hablados en reductos limitados y realizó un notable esfuerzo por aprender latín. Esa lengua, lo mismo que siglos antes fue el griego, había venido a convertirse en algo semejante al inglés cuando se escriben estas líneas, o el francés hace pocas décadas.

Con 17 años se casó con Esteban III, conde Blois, que también lo era de Sancerre, Chartres, Meaux, etc.

De la generosidad de la pareja hablan los diez vástagos que florecieron de aquellos amores. Fueron estos sus nombres: Guillermo (desheredado por su deficiencia mental en favor de su hermano); Inés, Leonor, Adela, Teobaldo IV (que recibiría el apelativo de El Grande y sucedió a su padre como señor de todos los condados de su propiedad), Lucy, Esteban (que llegaría a rey de Inglaterra al fallecimiento de su tío), Enrique (obispo de Winchester), Alicia y Eudes.

La influencia de Adela en su esposo fue grande desde el comienzo. Su marido, como era frecuente en la época, era de gran fortaleza y valentía. No destacaba, sin embargo, por su preocupación religiosa. Fue su mujer la que le animó a cuidar más ese aspecto de la realidad y a poner por obra una manifestación que en la época comenzó a considerarse relevante a ese respecto: encaminarse hacia Jerusalén en respuesta a la solicitud que el Papa Urbano II había realizado en 1099 en Clermont, a la conclusión del Concilio celebrado en esa ciudad.

Las cruzadas admiten tantas interpretaciones como personas se pongan a reflexionar sobre ellas. Entre todas las afirmaciones complementarias sobre las mismas, cabe destacar la de que estuvieron impregnadas de religiosidad. De ningún modo se hubieran puesto en marcha miles de hombres y mujeres, dispuestos a afrontar la muerte, si no hubiera mediado el deseo de responder a la solicitud de quien ellos contemplaban y escuchaban como un representante de Dios en la tierra.

Resulta difícil y hasta pretencioso tratar de interpretar tiempos pasados con desnudos criterios contemporáneos. Si bien es cierto que en lo esencial la humanidad no ha sufrido grandes transformaciones, también lo es que en ciertas apreciaciones y valores van produciéndose modificaciones sustantivas, que es preciso tener en

Adela de Normandía

(1063-1137)

cuenta para no ser injustos en los juicios que se realicen. Simplificar es signo de poco conocimiento y, más frecuentemente, de escasa inteligencia. Todo esto para evitar reducciones interpretativas que no valoren en lo que deben las reacciones de los actores principales de cada momento histórico y geográfico.

Una enseñanza relevante, en ésta y otras biografías, es que el liderazgo cuenta con unos elementos comunes y con otros que es preciso desarrollar en función de las coordenadas. Considerar que todo está inventado es tan absurdo como aseverar que lo que uno descubrió, o imaginó no necesitará nunca más reforma...

Adela empujó así a su marido para que acompañase a su propio hermano, Roberto de Normandía, cuñado por tanto de Esteban.

Durante los dos largos años en los que Esteban estuvo ausente, Adela se hizo cargo de sus tierras e intereses. Partido en 1096, poco tiempo después de la convocatoria de Urbano II, regresaría en 1098. Lo hizo desanimado y compungido, derrotado en batalla. Sin embargo, el espíritu intrépido de su esposa le había calado, pues había realizado la promesa formal de regresar una vez más. Así lo haría en el 1100, poco tiempo después de la toma de Jerusalén por los cruzados.

De esta segunda aventura no regresaría nunca Esteban. Adela quedó, pues, como definitiva responsable de los intereses de los Blois. La historia fue la siguiente:



Esteban falleció en el enfrentamiento de Ramleh, que tuvo lugar entre fuerzas cristianas y musulmanas, el 19 de mayo de 1102.

La minoría de edad de todos los hijos hizo que Adela prosiguiese como regente. Así sería hasta que Teobaldo alcanzase la mayoría. En ese momento cedió sus poderes. Curiosa época en la que, a pesar de haber demostrado su capacidad de gobierno, el género bastaba para decidir quién debía llevar la batuta. En este sentido, bien puede decirse que los tiempos han cambiado para mejor.

Adela cedió, pues, el poder en el año 1120. En ese momento optó por alejarse de la Corte, estableciendo su residencia en Marcigny-sur-Loire, cerca de Marsella. Diecisiete años después, cuando Adela había cumplido los 74 de edad, entregó su alma al Señor. Había demostrado que también en aquellos duros tiempos una mujer podía gobernar sin que eso supusiese ninguna minusvalía para la capacidad de acción y decisión. ■